

CIUDAD DE SAL

DAVID B. GIL

© 2026, DAVID B. GIL

©2026, PENGUIN RANDOM HOUSE GRUPO EDITORIAL, S. A. U.



CIUDAD DE SAL DAVID B. GIL

PRÓLOGO EL MONSTRUO EN LA BIBLIOTECA

CAPÍTULO 1 LLAMADA NOCTURNA

CAPÍTULO 2 TENIENTE LOBO

CAPÍTULO 3 MAR CALMO

CAPÍTULO 4 TRES BATALLAS

INTERLUDIO DÉBIL

CAPÍTULO 5 LOBOS ENTRE CORDEROS

CAPÍTULO 6 LA GUARIDA DEL DRAGÓN

CAPÍTULO 7 LLAMADA PERDIDA

CAPÍTULO 8 UN MISMO ODIO

INTERLUDIO LA DIGNIDAD DE LAS HORMIGAS

CAPÍTULO 9 PURA LIFE BEACH CLUB

CAPÍTULO 10 NOVELAS DE ESPÍAS

CAPÍTULO 11 SIMPLE MALA SUERTE

CAPÍTULO 12 CRUELDAD FORTUITA

CAPÍTULO 13 NO SER NADIE

INTERLUDIO NO HAY MÁS LEY QUE NUESTRA VOLUNTAD

CAPÍTULO 14 DESAGRAVIO

INTERLUDIO BOSQUE DE SAL

CAPÍTULO 15 TELARAÑA

CAPÍTULO 16 EL ASCETA EN LA MONTAÑA

CAPÍTULO 17 LA DECIMOCUARTA PIEZA

CAPÍTULO 18 EMISARIO

INTERLUDIO WALTER GRAVES

CAPÍTULO 19 LA CALMA Y LA TORMENTA

INTERLUDIO INMERSIÓN

CAPÍTULO 20 OJOS QUE HAN VISTO DEMASIADO

CAPÍTULO 21 UN FANTASMA DE LA GUERRA FRÍA

CAPÍTULO 22 VIOLENCIA MEDITADA

CAPÍTULO 23 EL HIJO DE IVÁN EL TERRIBLE

CAPÍTULO 24 EQUILIBRAR LA BALANZA

CAPÍTULO 25 CAMPO A TRAVÉS

INTERLUDIO EL CICLO DEL KARMA

CAPÍTULO 26 SALTO AL VACÍO

CAPÍTULO 27 DOBLE CERROJO

CAPÍTULO 28 REGALO DE NAVIDAD

CAPÍTULO 29 EJERCITAR LA PACIENCIA

CAPÍTULO 30 SORBETE DE NARANJA

CAPÍTULO 31 PAJARILLO DE ALAS ROTAS

CAPÍTULO 32 AL OTRO LADO DE LA MA-20

CAPÍTULO 33 SERVICIO DE TÉ

CAPÍTULO 34 CONFIDENCIAL

CAPÍTULO 35 *STAY WITH ME*

CAPÍTULO 36 PERFECTO EQUILIBRIO

CAPÍTULO 37 COMPLICARSE LA VIDA

CAPÍTULO 38 TERMINAL

EPÍLOGO VIDA NUEVA

AGRADECIMIENTOS

*Para mi madre.
Seguiré contándote historias, mamá.*

Una lágrima humana contiene cincuenta y cuatro microgramos de sal diluidos en seis miligramos de agua. Esa es la proporción exacta para obtener el sabor de la tristeza, el dolor y la felicidad.

Prólogo

El monstruo en la biblioteca

«Baba Yagá, Vlad Dracul, el zmey Gorynich. Los viejos cuentos tenían una razón de ser: inoculaban una dosis debilitada de los horrores que acechan en el mundo, daban a los niños la oportunidad de generar sus propios anticuerpos. Siempre es mejor enfrentarte a los monstruos en las historias, donde el peligro desaparece al cerrar el libro y dar las buenas noches, que hacerlo a la intemperie, donde el frío quema y las dentelladas duelen. Pero las historias han cambiado. Se han vuelto romas, desprovistas de oscuridad, incapaces de nada más que reconfortar. Por eso no estáis preparados para un monstruo como yo».

Nota de voz número 113, cinta 23.

La puerta se entornó con un suspiro y una sombra se deslizó al interior. El pequeño Viktor escuchó cómo los pies descalzos se aproximaban, sintió el cuerpo que se arrodillaba junto a su cama, el aliento cálido sobre la piel, el beso dulce y efímero en la mejilla, sin ánimo de despertarlo. Se hizo el dormido mientras su hermana mayor se retiraba con cautela. Solo abrió los ojos cuando estuvo seguro de no delatarse, a tiempo de ver un brochazo de pelo rubio desvaneciéndose en la oscuridad.

Escuchó los silencios de la mansión, sumida en una quietud invernal. No logró dormirse de nuevo, de repente intuía que aquella no era una noche como cualquier otra. Fue entonces cuando escuchó la sacudida, el crujido, el revoloteo... Un arpegio incongruente y fantasmagórico, unos sonidos que el niño entendía ajenos a su mundo.

Durante unos instantes se debatió entre el miedo y la curiosidad, pero recordó las palabras de su padre: «la vida no es para los cobardes», así que retiró la colcha y puso los pies en el suelo. Abrió el armario de los juguetes, tomó su espada de madera y se aventuró en la oscuridad dispuesto a enfrentarse al monstruo. Dispuesto a protegerla.

Recorrió la galería con pasos leves, intentando que el entarimado no crujiera bajo sus pies, pues tenía prohibido abandonar su cuarto durante la noche. Al final del largo pasillo se encontraba la biblioteca familiar; la custodiaban dos hombres barbudos que flanqueaban el acceso. Uno señalaba hacia el cielo y el otro hacia la tierra y, según su tutor, representaban a Platón y Aristóteles discutiendo sobre la verdad.

Cuanto más se aproximaba a los filósofos, más vívidos resultaban sus rasgos, más inminente la sensación de movimiento. Lo asaltó la certeza de que abandonarían su ademán para cerrarle el paso. No fue así, se mantuvieron impasibles: lo invitaban a traspasar los límites, a descubrir la verdad.

En la oscuridad de la biblioteca tremolaba una especie de aleteo, como si un pájaro hubiera quedado atrapado entre las interminables librerías. Viktor tragó saliva y se dispuso a confrontar al monstruo. Este lo aguardaba al fondo de la estancia, suspendido sobre el piano de cola que su hermana tocaba cuando había invitados. Flotaba con las ropas agitadas por las corrientes de aire que atravesaban la casa.

—¡Vete de aquí! —exclamó Viktor a voz en grito, pero la criatura no obedeció.

«La vida no es para los cobardes». Apretó los dedos en torno a la empuñadura y avanzó. Poco a poco sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, poco a poco los matices se revelaron.

Nadie supo decir cuánto tiempo permaneció allí, frente a su hermana colgada de la balaustrada; incapaz de apartar los ojos de su agonía, cautivado por un oscuro magnetismo. Las piernas se sacudían con un espasmódico aleteo, la orina chorreaba sobre la tapa del piano. La luz se encendió y escuchó un grito a su espalda. Unos brazos lo rodearon, le hicieron apartar la mirada. Una de las asistentas corrió hacia el piano, la seguía uno de los hombres de su padre. Las cuerdas tañeron cuando pisaron sobre las teclas para alcanzar el cuerpo. No pudo ver más, su madre lo obligaba a esconder la cabeza en su pecho, lo cubría con sus lágrimas.

Hasta que su padre llegó. Viktor no podía verlo, pero sentía su presencia como un peso sobre los hombros. Sus dedos se clavaron en él.

—¡Dámelo! —Y arrancó a Viktor de los brazos de la madre.

Se arrodilló junto a él, lo sujetó por la nuca y le hizo girar la cabeza. Contempló el cuerpo de su hermana, que seguía oscilando mientras trataban de descolgarlo.

—Mira bien a tu hermana, porque será la última vez que la veas. Observa qué sucede cuando eres débil y procura no ser como ella.

Viktor no apartó la mirada.

Capítulo 1

Llamada nocturna

Uno de los parroquianos, el mayor de la mesa, volcó la caja y las fichas de dominó se esparcieron con un tableteo. De inmediato, los otros tres las colocaron bocabajo y comenzaron a removerlas con un estrépito que inundó la cafetería. Cuando estuvieron bien mezcladas, cada uno puso cinco euros en la caja y apartó siete fichas.

El viento había barrido las calles de transeúntes; la noche de viernes era mucho más apacible allí dentro. O, al menos, lo era para Andréi, que leía en la mesa contigua, acunado por el olor a café y la sordina del dominó.

—¿Qué lees? —le preguntó el camarero mientras le servía otro café.

Andréi le enseñó la pantalla del libro electrónico, repleta de caracteres cirílicos. El camarero se encogió de hombros.

—Con esto puedo leer libros en ruso. Mi español bien para bar, pero libro, más difícil.

—Ya, pero ¿qué lees? ¿Dostoyevski y esas cosas?

El ruso se bajó las gafas de lectura.

—Hace poco he descubierto Stephen King.

—¡Vete a tomar por culo! —respondió el otro mientras regresaba detrás de la barra.

—¿Por qué? ¿No gustas Stephen King?

Andréi se encogió de hombros y dio un sorbo al café que le acababan de servir. Quemado y en vaso de cristal. Un mejunje de mierda, pero estaba bien así.

—¿Por qué no juegas nunca con nosotros, ruso? —preguntó uno de los parroquianos, al tiempo que golpeaba la mesa con una ficha: CLAC.

—No apuesto.

—Son cinco euros namás —dijo otro de los jugadores, haciendo bailar el índice sobre sus siete fichas, indeciso.

—Mucho dinero.

—Es por alguna creencia religiosa, ¿no? —volvió el primero.

—Eso es. En mi país creemos en tener dinero para comer.

Otro de los jugadores rio entre dientes.

—Yo pensaba que los rusos estabais todos forrados. —CLAC.

—Ese es problema, ustedes creen que todos rusos vamos clubes y vestimos caro.

—Tú vistes elegante —se burló el cuarto parroquiano. CLAC.

Andréi se miró el mono azul atado a la cintura y la camiseta con manchas de grasa. Quizás debería haberse cambiado después del trabajo, pero ese día no le apetecía volver a su apartamento vacío. No tan temprano.

—Si Fermín considera suficiente elegante para bar suyo —desvió la mirada hacia el camarero, que asistía aburrido a la conversación—, yo también.

El móvil vibró dentro del mono. Comprobó el nombre en la pantalla: Elka, sin foto de contacto. Se retiró para contestar.

—¿Qué ocurre? —La voz al otro lado pretendía mostrarse tranquila, pero transpiraba nerviosismo. Andréi interrumpió las explicaciones de su interlocutora—: ¿Dónde ahora?... Ok, quince minutos.

Andréi abrió el destartalado maletero del Mazda. Sacó de su bolsa de gimnasio unos vaqueros arrugados y una camiseta blanca. Se cambió junto al coche, ignorando la desbandada de adolescentes que ya migraban hacia los clubes. Cerró de un portazo y arrancó.

La dirección que le había pasado Elka se hallaba en una zona de apartamentos próxima al paseo marítimo, junto a la salida hacia Puerto Banús. Se incorporó a la N-340 y aceleró por la vieja carretera desdoblada. Culebreó entre el abundante tráfico que cada noche se movía entre las localidades costeras, buscando las discos y los clubes que ese mes estuvieran de moda.

El Mazda cimbrea y chirriaba en cada curva, en cada adelantamiento. En otras circunstancias lo hubiera disfrutado; le divertía el desconcierto de tanto niño rico al verse rebasados por un coche que parecía escapado del desguace. No iban desencaminados: Andréi encontró aquel Mazda 323 GT-R oxidándose en un campo de chatarra. Una

pluma de metal movida por ciento ochenta y ocho caballos y tracción a las cuatro ruedas; un puto coche de *rallies* comercializado como utilitario por unos japoneses locos. Habría matado por uno así veinticinco años atrás, cuando era un pandillero en Vladivostok.

Tomó la salida de un volantazo y se internó en las avenidas, bullentes de vida nocturna. Aminoró y circuló con discreción hasta alcanzar las tranquilas calles residenciales: limpias, arboladas, de aceras amplias y asfalto adoquinado.

Giró en la esquina que le indicó Google Maps y los faros se deslizaron sobre la figura de Elka. Aguardaba con un cigarrillo en la mano, encogida bajo un blazer rojo casi tan largo como su vestido. Mientras Andréi se detenía en doble fila, ella guardó el móvil en el minúsculo bolso de fiesta y se aproximó.

—Me han echado del apartamento; no quieren pagarme —fue su saludo.

Lo dijo con un español de acento marcado. Polaca, lituana..., Andréi nunca lograba recordarlo.

—¿Cómo «han» echado? ¿Cuántos son?

—Cuatro.

—*Pizdets*, Elka... —gruñó él.

—No son más que niños malcriados... Sé lo que hago.

—Tú dices sabes lo que haces, pero me has llamado.

—¡Eh! —Lo señaló con el cigarrillo—. *I don't give a fuck about your shitty opinion*, haz lo tuyo o lárgate.

Andréi le arrebató el cigarrillo de los dedos, le dio una calada profunda y exhaló el humo con disgusto. Se lo devolvió antes de abrir el maletero. Rebuscó hasta encontrar una lámina de metal flexible; la ocultó bajo el pantalón y se dirigió al portal.

—¿Qué apartamento?

—6D —respondió ella a su espalda.

—Espera en el coche.

Miró de soslayo la cámara de seguridad atornillada a la fachada, después se asomó al interior: suelo de mármol, paneles de madera y óleos en las paredes, pero nadie a la vista a esas horas. Apoyó el hombro contra la cancela, deslizó la lámina entre las hojas y bajó hasta notar el tope de la cerradura. Con un suave gesto de muñeca, descorrió el

pestillo; tan rápido y limpio que quien lo viera pensaría que había abierto con llave. Cruzó el portal con gesto despreocupado, entró en el ascensor y pulsó la sexta planta.

Pudo escuchar el martilleo de los baffles aun antes de que las puertas se abrieran. En cuanto puso un pie en el descansillo, las luces automáticas iluminaron el corredor. Las paredes se estremecían al compás de la música que atronaba desde el 6D.

Encajó la puerta del ascensor con la lámina de metal y se encaminó hacia el apartamento. Según se aproximaba, el volumen de la música lo exasperaba cada vez más. ¿Por qué ningún vecino había llamado a la Policía? Probablemente porque allí no quedaban vecinos, solo viviendas de alquiler turístico.

Andréi golpeó la puerta con el puño.

Sin respuesta.

Golpeó aún más fuerte.

—¡Eh! ¡Baja música!

El volumen bajó un poco. Aprovechó para volver a llamar.

—¡Voy avisar a policía!

Risas. La música volvió a subir. Andréi golpeó con tal violencia que los goznes temblaron y los impactos se solaparon sobre la percusión electrónica. Murmullos. Pasos. Alguien comenzó a descorrer la cerradura:

—¡Nos estás hinchando los coj...!

Andréi empujó la puerta y esta se estrelló contra quien estaba al otro lado. Entró sin premura, la cabeza fría y la mirada alerta. Era una fuerza de asalto de un solo hombre.

El joven frente a él retrocedía con las manos en la nariz, la sangre brotando entre los dedos, empapándole la camisa. Era grande: noventa kilos de gimnasio y creatina, noventa kilos de problemas a atajar por la vía rápida. Andréi le encajó el primer puñetazo bajo el pecho, una detonación en la aorta ventral que lo dobló en dos. Quedó boqueando y con una mano en el suelo, a punto de zambullirse en la oscuridad. El ruso lo ayudó a cruzar el umbral de un codazo certero entre la oreja y la nuca: luces fuera, no menos de diez minutos para reiniciar el sistema.

Mientras los noventa kilos se desmoronaban a su espalda, Andréi llegó al salón, iluminado con un rosa eléctrico que pretendía remedar el ambiente de una discoteca. Ubicó a otros dos de un vistazo: el primero, más listo, se apresuró a encerrarse en la

terraza. El otro, tras un titubeo inicial, cargó contra él. Gritó sobre el estruendo de la música, rabioso, enajenado..., abocado al desastre. El puño voló contra el rostro de Andréi para perderse en el vacío; este ya se había agachado para recibir a su atacante con la cadera. En lugar de detenerlo en seco, le envolvió el brazo con las manos y aprovechó su inercia para proyectarlo sobre su hombro. Voló con las piernas por los aires y vino a estamparse contra la mesa de centro; el cristal se hizo añicos y las rayas de coca, pulcramente alineadas sobre la superficie, se disiparon en una voluta de harina fina.

Las astillas de vidrio erizaron el brazo y la cara de aquel infeliz. Hizo ademán de incorporarse, pero el dolor y la sangre lo disuadieron. Andréi se tomó un instante para bajar el volumen de la torre de sonido, después se acuclilló frente a él y le apoyó una mano en la cabeza.

—Te aconsejo que no levantes.

El otro asintió con un gesto de disculpa.

Quedaban dos: el de la terraza, al que tenía controlado, y el cuarto, que debía ocultarse en alguna habitación. No creía que fuera a darle problemas, pero si algo había aprendido con los años era la importancia de ser metódico.

Se rascó la barba con gesto hastiado y se dirigió hacia el distribuidor en penumbras. Los leds del salón impregnaban la oscuridad de un fulgor palpitante. Contó tres puertas: dos entornadas y una cerrada. Se aproximó a la cerrada. Apenas hubo apoyado la mano en el pomo, escuchó el gemido de las bisagras a su espalda seguido del contacto del metal contra la nuca.

A veces se tiene mala suerte. ¿Quién iba a decir que uno de ellos sería capaz de pensar en esa situación? Es más, ¿quién iba a decir que tendrían un hierro? Doble mala suerte.

—¿Has quitado el seguro?

El arma se inclinó levemente, quizás para comprobarlo. Andréi aprovechó el titubeo para revolverse, apresar el brazo que lo encañonaba y deslizar hacia atrás la corredera para impedir el disparo. Con un gruñido, retorció la muñeca del inexperto pistolero hasta que el arma cayó al suelo. Después empleó los codos para golpearle en el rostro, en el pecho, el estómago... En un espacio tan angosto, el otro no pudo apartarse para protegerse, y un último rodillazo en la barbilla lo envió al abismo.

Maldijo para sí mientras se inclinaba para recoger la pistola.

No estaba familiarizado con las Smith & Wesson, pero algo no le cuadraba. ¿El tacto, el peso? Liberó el cargador para vaciarlo y entonces lo comprendió: era una réplica de *airsoft*. Una pistola de aire comprimido.

Miró de reojo al muchacho que acababa de dejar inconsciente. No sabía quién de los dos era más estúpido. Probablemente él, por pensar que esos chavales podían tener un arma de verdad. Torció el gesto: le disgustaba la situación, lo que estaba haciendo. Su plan para esa noche no era enviar a urgencias a unos niños malcriados, como los había llamado Elka. Vodka, Miki Matsubara y Stephen King. Esa debería haber sido su noche.

Regresó al salón con la «Smith & Wesson» en la mano y apoyó la cabeza contra el cristal de la terraza. Tac, tac, tac, llamó con la punta del cañón.

—Vamos, sal.

El otro, temblando de miedo y quizás de frío —¿cómo podía esta gente tener frío a doce grados?—, negó con la cabeza.

—Ven, no quiero hacer daño.

—Ti... tiene una pistola.

—Es de gilipollas amigo tuyo. —Andréi se la deslizó en la cintura y la cubrió con la camiseta—. ¿Ves? Ya no pistola. Ahora ven, mejor para los dos.

El muchacho —pelo negro rizado, piel blanca, veintipocos— abrió la puerta con docilidad. En ese instante reparó en que el asaltante podría haber hecho lo mismo, nada le impedía entrar a por él. Sencillamente, quiso darle una oportunidad.

—Dame tu móvil.

El otro se apresuró a sacarlo del bolsillo y entregárselo. Andréi activó la pantalla y la colocó frente a la cara del joven. La identificación facial desbloqueó el teléfono. Navegó por la lista de aplicaciones hasta encontrar la del banco. Tomó la mano del chico con delicadeza y apoyó el pulgar sobre el lector de huellas.

—¿Qué acordado con ella?

—¿Acordado?

—¿Cuánto dinero?

—Trescientos cada uno.

—Bien. Tarifa ahora el doble, por molestias.

Andréi introdujo el número de Elka y fijó un envío de dos mil quinientos euros. Volvió a apropiarse del pulgar para validarlo. Cuando la operación se hubo completado, arrojó el móvil contra el pecho del muchacho.

—Te aconsejo que pidas amigos tuyos su parte.

Andréi se dejó caer en el asiento del conductor y cerró la puerta.

—¿Te ha llegado dinero?

—Sí.

—Bien, te llevo a casa.

Elka asintió en silencio mientras el coche se incorporaba a la vía. Al cabo, la joven comenzó a talonear en su asiento; hizo ademán de morderse una uña, pero se corrigió para no estropear la manicura. Por fin, se llevó un cigarrillo a los labios.

—Aquí no —le advirtió él.

Ella lo miró con fastidio y arrojó el mechero dentro del bolso.

—No soy gilipollas, ¿vale? Hacía tiempo que no me llamaban y me hacía falta el dinero.

—No tienes que explicar.

—Te ingresaré lo que han pagado de más.

Andréi apartó la vista de la calzada.

—No.

—¿No?

—No —recalcó—. Tenemos acuerdo. Vosotras cumplís cada mes, yo cumplo cuando llamáis.

Elka lo miró con suspicacia. Desconfiaba de los hombres que se hacían los honestos; a la larga, eran los peores. Terminó por encogerse de hombros.

—Lo que tú digas. —Se acurrucó bajo la chaqueta y apoyó la cabeza contra la ventanilla—. Despiértame cuando lleguemos.

Cerró los ojos. Se quedó dormida al instante.

Capítulo 2

Teniente Lobo

Riquelme —reclinado en la silla, expresión taciturna— tamborileaba con el bolígrafo sobre la mesa. Pasó una hoja del expediente y volvió a escrutar sobre el filo de las gafas, tratando de casar aquel informe con el novato sentado frente a él. Se dijo que cada vez parecían más jóvenes. Continuó leyendo en diagonal y pasó otra hoja. Finalmente, suspiró y lanzó el dossier a la mesa.

—Estoy harto de papeles. Dígame qué coño hace aquí.

—¿Disculpe? —preguntó Ángel.

—Sus calificaciones en la academia, los informes de sus instructores... Podría haber pedido un destino más cómodo.

—No quería un destino cómodo.

—Ya. —Riquelme se retiró las gafas y se masajeó el puente de la nariz—. Ha venido a hacer méritos rápidos y de vuelta a Madrid en un par de años. A la UCO, con suerte.

Ángel Lobo —el novato que parecía demasiado joven— no quiso replicar. No le gustaba la gente que hacía preguntas retóricas; aún menos aquellos que dejaban suspendidas en el aire sus conjeturas, como si él tuviera la obligación de corroborarlas o contradecirlas. Si quería saber algo, que lo preguntara. Mientras esa pregunta no llegara, se limitaría a callar.

—Mire, me da igual su plan de carrera. No sé si espera acabar en la UCO o de general de los tres ejércitos, pero si quiere que le vaya bien aquí, no se las dé de listillo. Escuche a los que tienen el culo pelado y déjese aconsejar. Sobre todo, que su capitán no tenga que limpiar sus cagadas. ¿Lo ha entendido?

Ángel asintió.

—Bien. Somerset aún no ha llegado, pero puede ir instalándose. Su mesa es la que no está hasta arriba de papeles. —Volvió a colocarse las gafas—. Ahora márchese de mi despacho.

Ángel recogió la mochila de lona que descansaba a sus pies y se incorporó.

—Con su permiso, mi comandante.

Apenas hubo abierto la puerta, Riquelme volvió a hablarle:

—Bienvenido a la Policía Judicial —comentó sin apartar la vista del ordenador.

—Gracias.

Ángel cerró la puerta tras de sí y buscó la mesa libre. Los escritorios, alineados bajo largos tubos fluorescentes, comenzaban a poblarse entre el murmullo de las primeras conversaciones del día. Aún no había amanecido, pero la lluvia preconizaba un lunes lúgubre y pegajoso. Alguien encendió una fase más en el cuadro de luces y los fluorescentes crepitaron hasta saturar de blanco la sala. El interruptor prendió también un árbol de Navidad que le había pasado desapercibido; el Papá Noel que lo coronaba comenzó a dar golpes de cadera a un ritmo mecánico, solo se detenía para proferir un robótico «HO HO HO».

—¿Ángel Lobo? —preguntó un tipo con gafas rojas—. Soy Fernández, de criminalística.

Ángel hizo amago de estrecharle la mano, pero se percató de que su interlocutor sujetaba un café en la derecha. Terminó por saludarlo con mano a la sien, gesto que el otro no correspondió.

—Tu mesa esta allí. —Fernández señaló con la taza hacia un espacio indeterminado. Después prosiguió su camino sin alargar el intercambio.

Lobo se guardó la mano en el bolsillo y se encaminó hacia su nuevo escritorio. Dejó caer la mochila junto a la silla y se dispuso a repartir sus pertenencias por aquel espacio pulcramente vacío. Colocó el reloj de seis dígitos junto al monitor, guardó un blíster de antihistamínicos en el primer cajón; en el siguiente, tres cuadernos sin cuadrícula, dos bolígrafos Pilot Frixion —uno azul y otro rojo, con puntas de 0,7mm— y tres rotuladores para subrayar. Junto a ellos colocó una peonza de precisión fabricada en titanio equilibrado, un taco de notas adhesivas... Hasta que lo sobresaltó un golpe sordo.

Levantó la vista y descubrió la polvorienta caja de documentos que había impactado en su mesa con la gravedad de un meteorito. Y por encima, una mujer que lo escudriñaba con expresión severa.

—Capitán Emma Somerset —se presentó—. Ya le habrán dicho que estoy al frente de su nueva unidad.

Él se incorporó en la silla, un tanto confuso. Se trataba de una mujer joven, lo que significaba que su paso por la Academia de Oficiales y su ascenso en el escalafón habían sido fulgurantes. Ceñía vaqueros y vestía un suéter azul, a juego con unos ojos de una inmensidad cerúlea. Piel blanca, pecas... Aspecto de guiri, acento malagueño.

—Soy el teniente Ángel Lobo.

Extendió la mano en un nuevo intento de presentarse. Por segunda vez no se la estrecharon.

—No sé qué le habrán enseñado en su anterior destino, pero aquí el rango se respeta.

Ángel se puso en pie de inmediato y se cuadró con un taconazo:

—¡Teniente Ángel Lobo a sus órdenes, mi capitán!

La silla volcó por el ímpetu del gesto y algunos levantaron la vista de sus pantallas.

Ella apenas aguantó la compostura unos segundos antes de reír.

—¡Lo siento! —Hizo un gesto de disculpa con las manos al ver la expresión agraviada de Ángel, pero la risa le seguía bailando en la voz—. Ha sido una tontería. Puedes llamarme Emma... O Somer, lo que prefieras.

Le ofreció la mano. Él dudó un instante, como si temiera que tras esa mano extendida se ocultara otra broma que no entendería. Había demasiadas cosas desconcertantes en aquella mujer, pero ella insistió con una mirada franca. Se la estrechó.

—¿Qué tal con Riquelme?

Ángel desvió la vista hacia la puerta del despacho.

—Bien, supongo.

—Al principio puede parecer un poco gilipollas porque, bueno..., porque es un poco gilipollas —añadió en voz baja—. Pero es un buen comandante.

En ese momento, otro oficial pasó junto a ellos y chascó los dedos.

—Sommer, empezamos.

—Tengo que dejarte —dijo ella—, pero necesito que me ayudes con esto. —Palmeó la caja que había dejado sobre la mesa—. He pedido que te asignen a una investigación de tráfico de influencias. Hay mucho papeleo, muchos apuntes contables. Necesitamos ojos frescos.

Somer esperó algún tipo de asentimiento por su parte, la más mínima función fática. Ángel esperó a que continuara con su explicación.

—Estos son movimientos de cuentas bancarias de varios concejales de municipios de la Costa del Sol —prosiguió ella—, también de sus familiares más directos. Necesito que empieces a revisarlos, ve punteando uno a uno.

Ángel sopesó cuántos folios cabían en una caja como aquella. ¿Dos mil? ¿Tres mil?

—Si te lo estás preguntando, aquí hay cinco mil quinientos folios. Nos llegarán más.

—¿Busco algo en concreto?

—Cualquier cosa extraña. Cuando veas algún movimiento que parezca sospechoso, ya sea un ingreso o una salida, lo subrayas con uno de esos bonitos rotuladores que has guardado en el cajón.

—Sospechoso —repitió él, preguntándose qué podía considerarse un movimiento de cuenta sospechoso.

—Eso es. Y si me das a elegir, prefiero el rosa —bromeó ella mientras se alejaba—. Una cosa más: antes de marcharte, guarda la caja en la sala de pruebas. Abajo te darán la llave.

—¿Para cuándo lo necesita? —preguntó alzando la voz sobre el rumor de la oficina. Ella se giró a medio camino.

—No vas a terminar hoy, tranquilo. Tienes una hora para comer. A las seis te quiero fuera como muy tarde.

El reloj digital marcaba las 201233, las 201234, las 201235... Ángel, con los puños de la camisa remangados, rotulador rosa en mano, seguía inclinado sobre el undécimo bloque de cien páginas. Las cifras y conceptos comenzaban a solaparse y su cabeza buscaba cualquier excusa para escapar de aquella monótona tortura.

Levantó la vista y se frotó los ojos. La oficina estaba desierta, iluminada solo por el flexo de su mesa y por el tenue resplandor de las luces de emergencia. Abrió el cajón y

sacó la peonza. La movió entre sus dedos con la habilidad de un prestidigitador; finalmente, la apoyó sobre la superficie de madera y la hizo bailar con un suave gesto de muñeca. Se perdió en su contemplación.

La peonza no giraba, ese era su secreto. La peonza estaba en el centro de su mente, sujeta a un equilibrio perfecto que solo dependía de él; era el mundo —caótico, impredecible— lo que giraba alrededor. Mientras fuera consciente de ello, mientras se centrara en lo que podía controlar, el mundo no podría desestabilizar aquella inercia infinita.

El momento angular que sostenía la peonza disipó las nubes de su mente y realineó su foco. Ángel detuvo la rotación antes de que la primera oscilación desviara su trayectoria. Se reconfortó por un instante en el tacto frío de la pieza de metal, abrió el cajón para volver a guardarla; fue entonces cuando se percató de que el carril tenía mucho más recorrido de lo que parecía. Creyó vislumbrar algo al fondo, así que tiró de la gaveta hasta extraerla por completo. Descubrió un dossier de portadilla marrón, sin más nombre o indicaciones que un apunte a bolígrafo: 2020-2024.

Era lo único que el anterior ocupante de la mesa había dejado atrás. Ahora debía tomar una decisión que no había previsto: ¿Podía mirar qué había dentro? ¿Debía destruirlo? ¿Entregárselo a un superior?... Cerró los ojos y refrenó el bucle. De nuevo le estaba dando importancia a algo que no la tenía, conocía bien los derroteros de su mente. Así que hizo lo que haría cualquier persona «normal»: hojearlo. Por curiosidad, porque debía valorar su importancia para saber qué hacer, porque no aguantaba revisar ni un movimiento de cuenta más.

Lo primero que vio al abrir el dossier fue la fotografía de una adolescente en ropa interior tendida sobre sábanas rojas. Lívida, con los labios amoratados. El cuerpo estaba enmarcado por un inmenso cabecero de cama que se elevaba hasta el techo, propio de las *suites* de algunos hoteles de lujo. Comprendió entonces que las sábanas no eran rojas, sino que en su origen debían de ser blancas, como lo eran siempre en las cadenas hoteleras para garantizar al cliente su limpieza. Retiró la foto y leyó el informe forense: incisión autoinfligida en la cara interna del muslo, a la altura de la vena safena interna. Muerte por desangramiento.

Ángel se apartó el mechón que le caía sobre los ojos y acercó un poco más el flexo. Pasó al siguiente informe: un cadáver irreconocible, reventado contra las rocas. Al parecer había caído desde un viaducto elevado de la Autopista del Mediterráneo; la autopsia indicaba que se trataba de un varón de entre veinticinco y treinta años. La siguiente, una mujer joven muerta por intoxicación: sobredosis de fenobarbital... Así hasta un total de trece muertes violentas en cinco años.

Buscó el patrón, el hilo conductor que había llevado a alguien a recopilar aquellos informes y ponerlos juntos en un dossier, pero fue incapaz de encontrarlo. Nada permitía deducir que los fallecidos tuvieran alguna relación previa; las formas de morir —o de quitarse la vida, pues algunos parecían casos claros de suicidio— eran dispares, su trasfondo inescrutable a través del dictamen forense. Trece muertes anónimas, de esas que nunca saltan a las páginas de sucesos por el viejo axioma periodístico de que informar sobre un suicidio alienta a quien se lo esté pensando.

¿Por qué alguien se habría dedicado a coleccionar esos informes? Y sobre todo, ¿qué hacían en su escritorio?